

la **R**evista

para leer en verano

DOMINGO 15 DE AGOSTO DE 2004



LITERATURA

Relatos de verano

HOY:

☐ *El desguace*, de Serafín Sánchez González. ☐ *Yo diría que un domingo*, de Miguel Ángel Zapata. ☐ *El adúltero*, de Santiago Roncagliolo. ☐ *El fantasma de la mirada*, de José Luis Saorín. ☐ *La cólera de García Leguineche*, de Mercedes Abad.

SUPLEMENTOS INTERIORES

ESPECIAL JUEGOS OLÍMPICOS DE ATENAS

Suplemento
de 8 páginas



EL RASTRO DE ÁVILA

Información
económica, empleo,
formación...

Suplemento de 16 páginas

RELATOS DE
VERANO

El desguace narra la inquietante aventura de un ciudadano de a pie, embarcado en la incierta tarea de encontrar una pieza de repuesto para su coche. Con intención de ahorrarse algo de dinero, decide adentrarse en un silencioso desguace en medio de la nada. Una desasosegante historia surgida del descenso a los infiernos de una persona vulgar.

El desguace



por Serafín Sánchez González

FUE atravesando una avenida de castaños de Indias, podados aunque enfermos de socarriña por falta de riego y un largo verano de calor atroz. Sin dejar de mirar hacia delante, pensó con algo de rabia que estos árboles, el próximo año, quizá no darían las típicas castañas pilonagas que él recogía, limpias, lustrosas, y colocaba después entre sus ropas de solterón, dentro del armario, para que no las entrase la polilla, siguiendo así un antiguo consejo de su abuela.

Enseguida salió de la ciudad y se metió por la estrecha y oscilante carreterucha que le llevaría hasta el desguace. Como es fácil suponer, iba en busca de una pieza para su coche que resultaba muy cara adquirir en cualquier tienda de repuestos. Y no tardó en llegar al sitio que le habían indicado en una casa a las afueras de un pueblo por el que pasó, donde

paró su coche, llamó a una puerta, despellejada y agrietada (con una parrá subiendo contra la pared de adobe, y luego desparramándose sobre una suerte de tenado rudimentario, muy útil para hacer sombra y dar frescor en las tardes del verano a quienquiera de los que allí habitasen), e hizo salir a un hombre desnudo de la cintura para arriba, calvo, alto y fuerte, y como de unos cuarenta años.

-Todo recto, y cuando llegue a un puente, gire a la derecha, por un camino de tierra, y no tardará en ver muchos árboles, ...pues justo ahí, detrás, está el desguace que busca.

-Muchas gracias.

Cuando llegó, un airecillo besaba las hojas de jóvenes chopos y algunos viburnos, que él conocía a la perfección porque siempre le había maravillado el hecho de que sus flores tuvieran cinco estrellas blancas, con cinco

pétalos que rodeaban cinco estambres muy cortos. Sabía que florecían entre enero y marzo y que su agradable perfume le traía el recuerdo de la juventud efímera, como una borrachera de sensaciones del amor perdido.

Detuvo su coche, se bajó y miró unos segundos en derredor: la luz era tan intensa que robaba los colores al campo. Por otra parte, el polvo, sobre el que se había bajado, estaba muy seco y pisoteado, y era de color ceniza; tanto era así, tan semejante al polvillo de la ceniza, que hubiera pasado perfectamente por rescoldos muertos de la lumbre de la casa de sus padres en el pueblo, echados allí una y otra vez, llenando la tierra, cubriéndola, mezclándose en ella.

El desguace estaba subido a una breve eminencia de terreno que había que alcanzar a repecho.

En el cielo, gospinas nubes, cual gorullos de lana recién lavada y puesta a secar al sol crudo. Y en una blanca piedra, una lagartija se calentaba, quieta, la cabeza erguida y el vientre palpitante, como escuchando los ruidos ocultos y mirando el campo sediento y sin alma.

Entró. De pronto se vio rodeado por todo

“ Iba en busca de una pieza para su coche que resultaba muy cara adquirir en cualquier tienda de repuestos ”

tipo de coches arruinados, aplastados, golpeados, todo tipo de cachivaches, hierros oxidados, ruedas sueltas, chatarra de toda índole, montañas de chapas y más chapas y unos coches subidos encima de otros. Frente a él, inmóvil y solitaria, se alzaba una máquina amarilla y grasienta con una boca abierta y levantada, terminada en una especie de garfios al final de unos brazos de hierro y gomas cuarteadas. A la derecha, una nave pequeña con el techo de uralita. Al parecer, no se oía ni el más ligero ruido humano ni de otra clase, ni se veía a nadie. Qué raro.

-¡Eh, ¿hay alguien ahí?! -gritó.

seguramente sentiría la irreprimible tentación de decirle: «Vete, vamos, vete de una vez; súbete a tu coche y aléjate. Sal de aquí lo antes que puedas». Y como si hubiera oído esta voz, al momento se decidió a salir, no sin antes sentir un terrible presentimiento de peligro que pesó sobre él como una condena. Y volvió afuera. En un segundo, un golpe de calor lo inundó el rostro y le secó los labios. «¿Qué es ese olor?, a humo y a...; por ahí cerca está quemándose algo», se dijo. Fue a ver. Algo, no sabía bien qué podría ser, ardía en una lumbre hecha de yerbajos y plásticos en el suelo. Y como una suerte de piel se ennegrecía y

“ Nada más comprenderlo, alarmado, inquieto, haciendo un esfuerzo por contener un grito de pavor, quiso salir huyendo ”

Y solo le contestó un perezoso eco, llegado de la modorra del calor. Se dio cuenta además que el canto de las cigarras y el silbido de las serpientes acrecentaban aún más aquel silencio expectante y de alguna forma sombrío y acechante, haciéndolo más palpable, intimidante y aterrador. Qué hacer... No podía volver sobre sus pasos y marcharse sin haber conseguido la codiciada pieza que necesitaba reponer. Debía insistir como fuera. Seguramente estarían en esa suerte de cobertizo. Eso es. Y así, estando seguro de encontrarlos ahí, fue hasta la puerta. Llamó repetidas veces con los nudillos, pero nadie contestaba ni salía a abrirlo. Finalmente se dispuso a girar el picaporte, y la puerta cedió y se abrió. Se quedó un momento parado y pensativo. Miró hacia atrás como si temiera algo o esperara una súbita aparición. Luego pasó dentro. Y dentro vio un coche sobre el elevador hidráulico, un sucio mono de trabajo colgado de un aplique en la pared, dos ruedas con sus discos, y una puerta de cristal a mano derecha. Se dirigió a ella. Miró por el cristal: nadie. Empujó suavemente y pasó al interior. Con los ojos muy abiertos y en tensión recorrió la estancia fría a pesar del calor y despojada o casi despojada si no fuera por una mesa de metal, sobre la cual había unas facturas manchadas del tizne de los dedos en varias huellas dactilares, un pequeño calendario de una señorita desnuda, una calculadora, un vaso cuyo brillo relucía, un cenicero de cinc con la marca cinzano reproducida en el contorno, y como unas diez colillas de tabaco rubio en su interior y unas tijeras rotas. Pero al volverse pudo comprobar, no sin asombro, una máscara *chorwe* clavada en la pared y dos cuadros de altar. «¡Qué extraño es todo esto!», pensó ciertamente sobrecogido. ¿Por qué no iba?, ¿qué hacía en aquel sitio tan dramático y demasiado silencioso? Vaya, ¿acaso creía que merecía la pena la pequeña pieza que buscaba para el miedo que estaba pasando, miedo que incluso le dificultaba el paso de la saliva a su garganta y le avivaba exageradamente los sentidos? Cualquiera que lo estuviera viendo,

estallaba; bajo esa piel, algo hervía hasta eviscerarse y quedar consumido y apurado por las llamas del fuego. Había pasado una hora desde que partió. Eran, por tanto, las ocho de la tarde. «No hay nadie, pero ¿quién ha encendido ese fuego? ¿Y este olor como a carne asada, de qué es, a qué pertenece?», se habló. Pero se equivocaba. Porque sí había alguien que le estaba observando. Siempre hay alguien en algún sitio que está observando lo que hacemos. Las cosas no son lo que son, sino lo que se decide que sean. Y él estaba allí porque así lo había decidido su entera voluntad.

Sopesando ya la idea de largarse de aquel lugar, sin esperárselo, una pesada y brusca mano le tocó el hombro, espantando al mismo miedo aposentado allí, que huyó despavorido.

-¿Qué te trae por estos lares, hermano?

-Hola, buenas tardes... Venía... venía... Sí, quería una pieza, a ver si la tenían...

-¿Qué pieza?

-El motorcillo del lavalunas trasero.

-Ven, sígueme.

Lo llevó hasta la sala donde él ya había estado. Se sentó en un sillón muy usado (y que antes no había observado), ante la mesa de metal, abrió un cajón y sacó una botella.

-¿Hace una copa, hermano?

-No, gracias, no bebo -contestó, permaneciendo de pie.

El hombre se sirvió un chorro de Smirnoff sobre el vaso que reposaba en la mesa. Dio un largo sorbo y a seguida le miró a los ojos sin pestañear. Y añadió:

-Como podrás imaginarte o habrás observado, puesto que trabajo como un negro, luego bebo como un profesional -dicho esto, se aclaró la garganta y se dio una palmada en el ancho y fornido pecho- ...Es lo que tienen estos trabajos, que...

-¿Y qué me dice de la pieza? -le interrumpió con visible apremio el visitante.

-¿Qué pieza? -preguntó el otro, meneando la cabeza, en cuya cara había un brillo sudoroso.

-La que le dije hace un momento, señor.

-Ah, ven, sígueme, haz el favor -le indicó, apurando el vaso, poniéndose de pie y reti-

Serafín Sánchez González



Serafín Sánchez González (Ávila, 1962). Diplomado en Profesorado de EGB (Especialidad Ciencias Humanas) y licenciado en Filosofía por la UNED, es escritor, poeta y ensayista, además de colaborador habitual de 'La Revista', el suplemento dominical de 'Diario de Ávila'. Entre sus obras destacan: en novela corta: *Las lágrimas de Virginia*, *La exposición* y *La estación*; en novelas: *Cuéntamelo*

todo Mister Hyde y *La primera y última vez que fue soldado* y en poesía: *De clásica*. Ha publicado artículos, relatos y cuentos en 'Diario de Ávila' y 'El Cobaya'. Serafín Sánchez es también miembro colaborador de la Institución Gran Duque de Alba.

rando hacia atrás el sillón, que chirrió como una tiza. Atravesaron las calles de despojos de chatarra y automóviles muertos en aquel cementerio sombrío... Fueron hasta una caseta, parecida a la caseta de un perro, sólo que más grande y también con forma de barbacoa. El hombre, tras indicarle que aguardara un momento, se agachó y metió dentro la mitad del cuerpo. Y en este medio tiempo, él, que estaba detrás y a la espera, pudo ver más allá un árbol seco y un perro ahorcado en una de sus torcidas ramas. Nada más comprenderlo, alarmado, inquieto, haciendo un esfuerzo por contener un grito de pavor, quiso salir huyendo, disuadido completamente de su pretendida intención. Ahora, el viento arrastraba la luz violácea del atardecer. «Dios mío, qué tarde es, ¿y qué hago aquí todavía?, Dios mío, podrían ser asesinos, locos». En una última resolución de su voluntad, mientras el hombre se iba arrastrando hacia atrás con los codos para salir de la perrera, él giró para echar a correr, y, sin ver ni mirar, en el arranque de la carrera fue a darse de bruces, brutalmente, contra un muro blando y fuerte, que resultó ser el alto y ancho cuerpo de otro hombre que le miraba hierático y severo bajo su calva y desde su altura. Un hombre que arrastraba por los pelos un cadáver, el hacha en la otra mano; el hombre de la casa donde preguntó por el lugar del desguace. Supo entonces, como en una clara iluminación de su mente, estimulada bajo de los efectos del miedo, que la ceniza que había pisado no era otra cosa que las cenizas de aquellos cuerpos sin cabeza, que partían en dos mitades y luego quemaban, antes de trasladar sus restos para incinerarlos en aquel horno, barbacoa o lo que fuera; algo que en época más amable, en tiempos mejores, habría hecho las veces de perrera de aquel can ahorcado en la rama seca de un árbol solitario y perdido en mitad de la desolación y la sequedad del campo pajizo, fuera del semicírculo de verdes chopos.

Cuando fue consciente de todo esto, sus pies patinaban sobre la tierra polvorienta, queriendo avanzar inútilmente, pues una fuerza sobrehumana le sujetaba fuertemente por los brazos para no dejarlo escapar, en tanto otra sombra, que apareció portando una gruesa sogá, se sonreía y jadeaba, siguiéndolos hacia alguna parte incierta. Y aunque, en un último momento, hubiera logrado zafarse, emprendiendo la huida y recorriendo el camino, tampoco hubiera ido muy lejos, pero no porque ellos rápidamente se pusieran a perseguirle hasta darle alcance y atraparlo, no, sino, más bien, porque su coche hacía rato que reposaba abollado y hundido entre la chatarra vieja. Y ahora, sintiendo lo estúpido que había sido, lo incauto, a punto de llorar, sólo rogaba, «Soltadme, por favor, soltadme», al mismo tiempo que la última radiación del sol se apagaba en el horizonte y la luz del día comenzaba a ceder y a nublarse, al mismo tiempo que esa temblorosa paz que llenaba la tarde, saturada de aire cálido, envolvía sus gritos y súplicas tan desesperados como sordos.

RELATOS DE
VERANO

Ésta es la historia de un hombre que llegó al más allá un día que casi seguro era domingo. Está borroso, pero así se ha pasado toda su vida. Nunca llegó a aclararse, ni con él ni con nadie ni con nada. No ha sido nunca un hombre de carácter. Había muerto borroso -no sabemos ni cuándo, ni dónde, ni por qué. Borroso se fue al más allá para hacer de borroso, probablemente un domingo. Ha encontrado su sitio y no se quiere ir.

Yo diría que
un domingo

FERNANDO VICENTE

por Ángel Zapata

El día que llegué al más allá estoy casi seguro de que era domingo, porque no se veía un alma por la calle y brillaba un sol gordo, y el aire olía a bizcocho y a estuche de pulsera guardado mucho tiempo en un cajón y a aguardiente de moras. A mí el domingo, la verdad, me ha reventado siempre, aunque después me explicarían que el más allá defrauda un poco al principio y por eso conviene llegar entre semana para ir aclimatándose. No sé. Yo aquel día, domingo o lo que fuera, me habría marchado de buena gana: muy bien, muy bonito todo, nos llamamos sin falta, adiós-adiós.

Pero el caso es que no tenía adónde ir. Estaba sentado en la verja de un parque. Llevaba todavía el pijama puesto.

Y encima me notaba muy borroso. Uno no ha sido nunca lo que se llama un hombre de carácter. Ya de pequeño me asustaban a más no poder esos tallos larguísimos que les crecían a las patatas cuando mi madre las dejaba en la fresquera. Después le tuve miedo a las arañas, a los carboneros, y a los zapatos con la punta desclavada que a mí me recordaban las fauces de un tiburón. Claro que por entonces yo no había visto un tiburón. Ni llegué a verlo luego en persona. Pero sé que la gente disfruta de lo lindo con ese tipo de asquerosidades. Hay una exposición de serpientes, pongamos por caso, y allá que van los niños, los papás, los abuelos, venga, en reata, con el mismo alborozo con que irían a una boda o a un desfile.

De modo que en favor del más allá tendría que decir que no hay serpientes. Pero sí en cambio muchos desfiles. Yo creo que deben salir a un promedio de tres por semana. De esto me enteré el lunes. Porque supongo que era lunes. La noche del domingo o lo que fuera me la había pasado tendido en un banco público. Desperté con los huesos doloridos y lo peor de todo es que seguía tan borroso como la tarde anterior. Sin embargo el parque se había llenado de gente; toda una muchedumbre que ahora se apresuraba hacia una plaza grande, fuera ya de la verja:

-¡Mira mamá qué señor tan borroso!

-No seas maleducado, ven aquí.

Yo no sabía qué hacer. Porque es verdad que estaba muy borroso, quizá más que el domingo, y seguía en pijama y ni siquiera me había afeitado. Según supe después lo corriente en el más allá es desfilar por gremios y aquel día le tocaba el turno a los linotipistas y los caseros. También estaba previsto que desfilasen los gandules pero habían dado una excusa de última hora. Cuando al cabo de un rato fui detrás del gentío, rumbo a la plaza, una música alegre resonaba por todas las esquinas. En lo alto del cielo flotaba un dirigible que llevaba pintado el alfabeto con las letras en forma de casas. Un poco más abajo, en los balcones, había señores en camiseta que tiraban confeti a puñaditos, como quien echa de comer a las palomas, y al lado se veía a sus mujeres, muy arregladas, aplaudiendo a rabiar:

-¡Vivan los linotipistas!

-¡Vivan los caseros!

-¡Vivan! ¡Vivan!

Y estoy casi seguro de que el día del desfile era un lunes, porque en aquella plaza a rebotar el aire olía a azulete y a lapicero, y a mí tanta pamplina y tanto viva esto y lo otro ya me habían puesto de mal humor. Yo en el más allá esperaba encontrarme lo de toda la vida. Bueno: de fijo-de fijo tampoco sé lo que esperaba, la verdad. Pero nunca hubiese dicho que lo de casero fuera una profesión. Y aparte me notaba cada vez más borroso.

“ Yo en el más allá esperaba encontrarme lo de toda la vida ”

Iba a ser mediodía y el cielo empezaba a nublarse. Un remolino de aire barrió la plaza. Por todas las esquinas se veían ahora grupos de gente sudorosa que plegaban pancartas, cantaban con voz ronca, y hacían correr de mano en mano cajas de nevaditos y botellas de anís. También la música se fue apagando poco a poco. En los balcones de las casas, ahora cerrados, se reflejó la hilacha violeta del primer relámpago.

Yo seguía en pijama y borroso. Tenía más ganas de marcharme que la tarde anterior. La gente me miraba de reojo y se daba codazos, así que estaba a punto de echarme a llorar cuando vi a un hombrecillo que me hacía señas desde la verja del parque. Según iba acercándome a él me fijé en su gorra escocesa y sus piernas zambas. Luego pude ver que llevaba en la mano una varilla larga y plateada, con un espejo en la punta, y

Quiero decir que en el más allá lo del trueno que sigue al relámpago no está conseguido, y es inútil ponerse a contar entre uno y otro. Tampoco los imanes atraen el hierro, ni los palos se doblan al entrar en el agua, ni las lupas quemán el papel; de modo que los padres no tienen nada que enseñar a sus hijos, y se pasan las tardes de fiesta sin un tema de conversación y los menos sufridos se dan a los demonios.

Esto me extrañó al principio. La gente que vive en el más allá no es más feliz ni más desdichada que en cualquier otro sitio. Es igual. Hacen las mismas tonterías y van tirando como pueden. Organizan desfiles, comen nevaditos, hacen de tiburón, son gente campechana que está a sus cosas. Quizá el hombrecillo tuviese razón y en poco tiempo me habría acostumbrado. Pero estaba borroso. Y todavía en pijama. Y no me había

“ La gente que vive en el más allá no es más feliz que en otro sitio ”

una enorme aleta de tiburón pegada a la espalda con esparadrapo. Tenía una edad indefinida, y unos ojillos candorosos que se quedaban pestañeando después de cada frase. Fue el primero en hablar. Usted es nuevo por aquí ¿verdad?

-Sí señor. Llegué ayer por la tarde.

-Me lo he imaginado por el detalle del pijama. No; no se disculpe: aquí no nos preocupa la etiqueta. Pero ¿y el desfile? ¿le ha gustado el desfile?

-Bueno...

-Ya; me hago cargo: un desfile, un desfile... uno espera otra cosa al principio; corríjame si me equivoco.

-Fff.. no sé cómo decirle.

-Se acabará amoldando, tenga paciencia. Aquí por las mañanas desfílamos y luego las tardes nos las tomamos libres. La costumbre es ésa. Lo que pasa -y ahora el hombrecillo puso voz de misterioses que a mí me gusta hacer de tiburón.

-Ya.

-Ve usted aquellos setos de allí enfrente? --Los veo.

-Pues si espera un momento verá cómo paseo por detrás, muy agachado, y lo imponente que resulta cuando asomo la aleta.

-Entiendo.

-Claro que usted pensará cómo me las arreglo para verme.

-Lo estaba pensando, sí.

-Para eso llevo el espejo. ¿Se da cuenta? Yo lo coloco así, en alto, por encima del seto, y al ver la aleta reflejada me doy miedo a mí mismo. ¿A usted le asustan los tiburones?

-Desde que era pequeño.

-Igual me pasa a mí. Y sé que la varilla y el espejo me quitan algo de vistosidad, no crea. Pero sin ellos ¿qué sacaría yo de hacer de tiburón?

-Muy poca cosa.

--Usted lo ha dicho.

-Pues nada: por mí no se entretenga.

-¿De verdad no le importa?

Faltaría más.

-Y a mirarme un ratito dice que no se queda ¿no?

-Mejor vuelvo otro día.

-En fin: perdone que me meta, pero ¿se ha dado cuenta de que está muy borroso?

Me he dado cuenta, sí.

El hombrecillo chasqueó la lengua, meneó la cabeza, y puso rumbo al parque con sus andares zambos meciedo la aleta en señal de adiós. A lo lejos se oyó el primer trueno. El del relámpago que había visto antes, en los balcones de la plaza.

afeitado. Y empezaba a llover.

No sé si he dicho que en el más allá llueve con mala idea. Se ve que las gotas son las mismas siempre, de manera que están muy resabiadas y en vez de ser redondas caen de punta. Claro que hasta el momento a mí me daba igual. Sonó un trueno, y otro, y otro. Sobre las copas de los árboles zizagueó un relámpago. Yo seguía en la verja del parque, muy cerca del banco donde había dormido la noche anterior. Ahora llovía con más intensidad y cada gota de agua se notaba como un alfilerazo. Así que eché a correr. Como un poseso. Corrí sin detenerme mientras el firmamento desaguaba en la tierra y los árboles parecían rendirse, con los brazos en alto, bajo las espoletas de la lluvia.

Me preguntaba por qué el hombrecillo no me había avisado de aquel diluvio. Llovió tanto que por las avenidas del parque vi pasar más de un buque a la deriva, y naufragos barbudos, allá a lo lejos, que pedían auxilio abrazados al mástil de sus balsas:

-¡Eh, usted, el borroso, el borroso...!

¡Qué habría podido hacer por ellos! Sus voces

“ Me preguntaba por qué el hombre-cillo no me avisó de la tormenta ”

se perdían entre el fragor de la tormenta, igual que si sonasen en una caracola.

Cuando quiso escampar ya era de noche. Otra vez se notaba calor. El cielo se había puesto uniforme de ujier y las estrellas párvulas del más allá bailaban en corro. Olía a resina y a peces muertos. Yo me había refugiado en una gruta artificial, junto a un estanque cubierto de limo. Unos ratos pensaba en los naufragos y otros en lo incierto de mi propia suerte. Pensando-pensando me quedé dormido. No sé por cuánto tiempo. Aunque yo le calculo varios días. A veces, entre sueños, me parecía oír un martilleo sordo -clon, clon, clon-, y luego me veía en la barquilla de un dirigible, bajo el retumbo de la tempestad, tendiéndole a los naufragos una cuerda larguísima que se retorecía como una serpiente.

Ya he dicho que no sé cuánto dormí. Pero el día que volví a despertarme estoy casi seguro de que era domingo, porque había un sol gordo brillando en el cielo y el aire olía a bizcocho y a estu-

Miguel Ángel Zapata

Nació en Perú el 27 de junio de 1955. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Partida y ausencia* (Madrid, 1984), *Periplos de abandonado* (México, 1986), *Imágenes los juegos* (Lima, 1987), *Brookings Hall* (Barcelona: Café Central, 1994) (plquette); *Mi cuervo anacoreta* (Santiago de Chile: Red Internacional del Libro, 1995), *Poemas para violín y orquesta* (México, 1996), *Lumbre de la letra* (Lima: El Santo Oficio, 1997), *My Hermit Crow* (edición bilingüe), *Escribir bajo el polvo* (Lima: El Santo Oficio, 2000), y *El cielo que me escribe* (México: Ed. El Tucán de Virginia, 2002). Es co-director de la revista *Tabla de Poesía Actual* (Princeton, New Jersey, USA). Es profesor en Hofstra University. Relatos como éste, en *Las buenas intenciones y otros cuentos* (Diputación de Córdoba 2001).

che de pulsera guardado mucho tiempo en un cajón y a aguardiente de moras. Todavía bostezando me encaminé a la entrada de la cueva. Y entonces la vi. Era una reja alta, recién pintada en oro, que encerraba la gruta y el estanque. Recuerdo que la luz me deslumbraba. Un murmullo de asombro acogió mi salida, y allí estaban los niños, los papás, los abuelos, con la cara pegada a los barrotes, llegados en reata para ver al borroso.

Desde aquella mañana se terminó el dar tumbos. He encontrado mi sitio y no me quiero ir. El pijama hace tiempo que está roto en jirones. Además me ha crecido barba de naufrago. A falta de otras gracias, los papás se ufanan de enseñarme a sus hijos y no paran de darles calderilla para que se la coja de las manos:

-¿Lo ves? Se ha quedado borroso pero es inteligente -dicen-; venga, prueba otra vez.

Así paso los días. Las mañanas con sol me gusta acercarme a mirar los desfiles; y algunas tardes viene el hombrecillo y me hace un rato de tiburón para ver si mejoro:

-Qué ¿se aclara usted, se aclara...? -me pregunta moviendo la aleta.

Y yo digo que bueno, que parece, que un poco; porque me sabe mal hacerle el feo y he llegado a apreciar su compañía. Pero sigo borroso, por supuesto. No sé si más o menos que el día de la tormenta, y aparte me da igual. Yo, qué carajo, me

he pasado borroso toda la vida. Nunca llegué a aclararme. Ni conmigo, ni con nadie, ni con nada. "A ver si te aclaras, a ver si te aclaras". Ya. Mañana mismo, sí. Mejor estar borroso que dar explicaciones. Siempre lo he dicho. De modo que más vale dejarlo así. Uno no ha sido nunca lo que se llama un hombre de carácter. Había muerto borroso -qué más da cuándo ni después de qué-, y se ve que borroso me vine al más allá para hacer de borroso... yo diría que un domingo.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Fresquera: Especie de jaula que se coloca en un sitio ventilado para conservar frescos algunos líquidos o comestibles.

Nevaditos: Dulces hechos a base de harina, azúcar y manteca.

Zambo: Dicho de una persona: que por mala configuración tiene juntas las rodillas y separadas las piernas hacia afuera.

Ufanarse: Engreírse, jactarse, gloriarse.

Azulete: Viso de color azul que se daba a las medias de seda blanca y a otras prendas de vestir.



RELATOS DE VERANO

Éste es un extraño caso de adulterio. López olió a Blanca por primera vez una mañana y ya no pudo dejar de hacerlo, al contrario, era como una rara adicción que aumentaba día a día. Incluso llegó a comprarle a su esposa los mismos cosméticos que empleaba su compañera de trabajo. Fue un fracaso. Era Blanca y a sus pertenencias a las que tenía que oler. Cuando llegó el momento de lograrlo, López tomó una decisión.

El adúltero

por Santiago Roncagliolo

Olió a Blanca por primera vez una mañana, al inclinarse sobre su hombro para verificar unas cifras en su computadora. Llevaba dos años compartiendo con ella el diminuto cubículo, el reloj para marcar tarjeta y la máquina de café, pero sólo entonces se dio cuenta de que jamás había percibido el aroma de su cuello, justo detrás de las orejas, en combinación con el champú al huevo. A mucha gente le pasa eso de no oler a tiempo. Es más común de lo que parece.

A partir de ese día, López se esmeró por revisar cada milímetro de los presupuestos desde el hombro de Blanca, con un brazo sobre el teclado de la máquina y el otro apoyado en el respaldo de su asiento. Desde esa posición, podía aspirar sus efluvios en turnos de veinte minutos diarios tranquila y disimuladamente. Con la práctica, empezó a distinguir el champú con manzanilla del herbal enriquecido con miel y llegó a reconocer por lo menos cuatro marcas de jabón y una de crema humectante aromatizada.

La mejor hora para merodear por sus perfumes era después de almorzar, cuando los bostezos de Blanca abrían la puerta de su aliento de menta y flúor y, con suerte, hasta se desperezaba relajadamente dejando emerger su desodorante de bolita sensación fresh. Pero lo que realmente entusiasmaba a López no era el olor de todos esos químicos, sino su perfecta mixtura en Blanca.

O incluso su ausencia. A veces, quizá por el invierno o por las prisas, ella llegaba a la oficina sin bañarse, con el pelo recogido en una cola de caballo tras una rápida lavada de las partes urgentes. Ésos eran los días que él más disfrutaba, cuando salía del trabajo llevándose el olor de Blanca en la mente, como una canción que se tararea distraídamente en el camino a casa.

Pero ya en su departamento de Jesús María, mientras trataba de contarle a su esposa su día en la oficina y lo único que le venía a la mente eran los poros del cuello de Blanca, López se sentía culpable. A menudo, además, la culpa le producía insomnio. Entonces se dedicaba a olfatear el cuerpo de su esposa mientras dormía. Acercaba la nariz a su respiración pesada y descendía por su cuello y por sus pechos libres del olor a suavizante de la ropa interior, hasta llegar al bajo vientre, donde encontraba un olorillo acogedor y cálido, como un guiso casero sabroso pero poco estimulante en comparación con sus

aventuras olfativas diurnas. Durante una de esas exploraciones, su esposa abrió los ojos y lo encontró ahí, con la nariz medio enterrada en su regazo y los ojos cerrados, como un catador de vinos en plena labor.

-¿Qué buscas? -le preguntó ella.

-No lo sé. Creo que a ti. O a algo de ti que no recuerdo -respondió él, pero ella ya se había vuelto a dormir y las palabras se le resbalaron de los oídos y se esparcieron por la almohada.

Al despertar, cortó el agua para que su mujer no se bañase. Le echó la culpa del desperfecto a la antigüedad de las tuberías, protestó un rato y dedicó el resto del tiempo a olisquear a su esposa mientras se vestía y durante el desayuno. Hasta se ofreció a llevarla al trabajo para poder investigar con calma el resultado de su experimento. Cada cierto rato, se acercaba a hablarle al

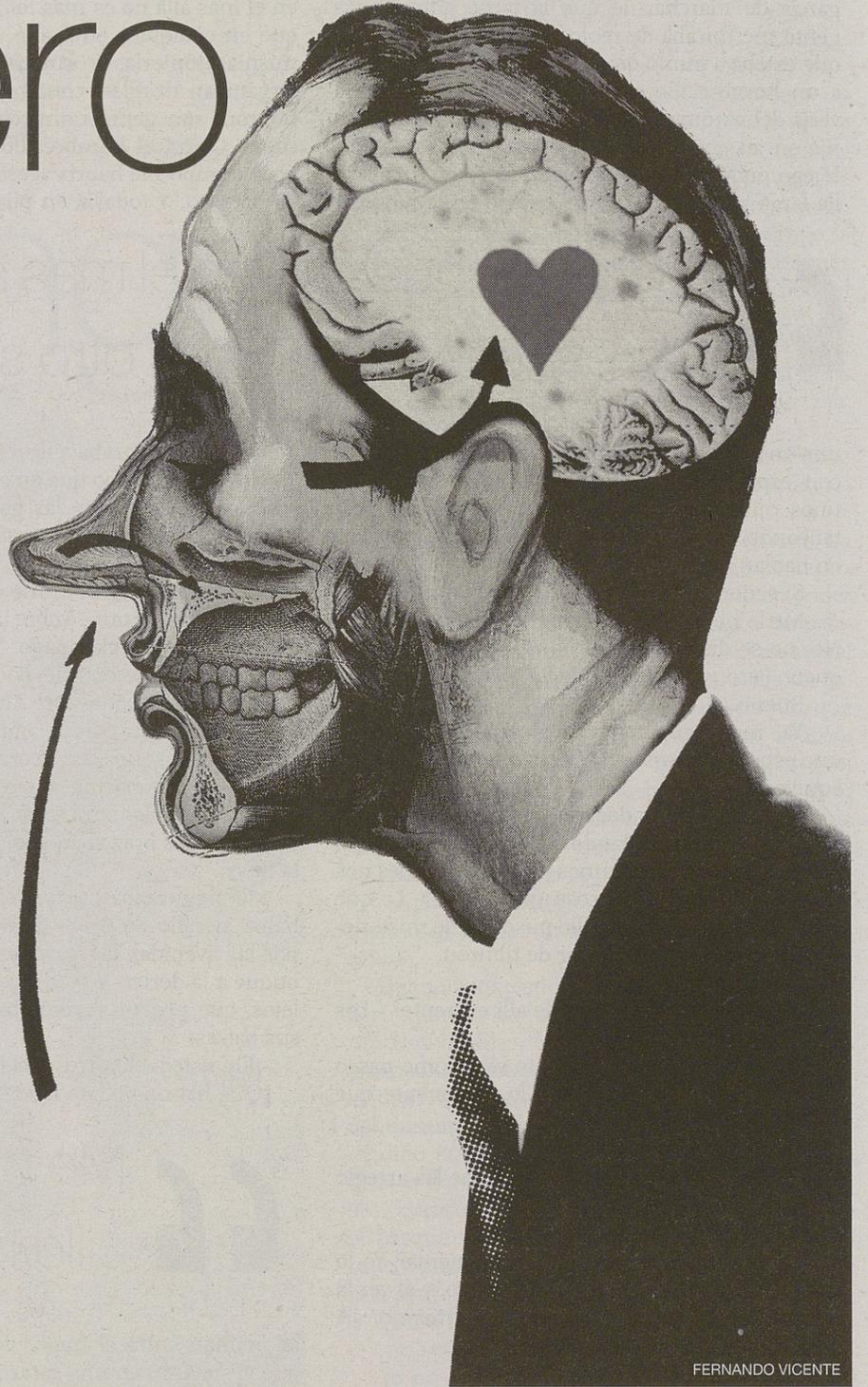
oído, algo que ella encontraba inesperadamente cariñoso y recibía con risitas de gusto. Sin embargo, el efecto en sus fosas nasales no fue el esperado. Era simplemente el mismo olor de la madrugada, pero trasnochado.

A lo largo de la mañana, en la oficina, inventó el cumpleaños de una hermana inexistente, fingió un súbito interés por los productos cosméticos de Blanca y fue progresivamente sonsacándole y anotando todas las marcas, siempre para regalárselas a su hermana, según repitió con insistencia. Luego fue a una perfumería, depositó la lista de productos sobre el mostrador y los compró todos.

Le costó una semana convencer a su esposa de que los utilizase, y le costó mucho más admitir que, aun con todos ellos encima, ése no era el olor que él buscaba. Cuando finalmente logró admitirlo, una madrugada, tuvo que abandonar la cama y huir a llorar a la cocina. Oyó la voz de su mujer desde la cama preguntándole qué le pasaba:

-Nada -respondió. Pensé que olía a quemado. Y entonces, desde las cenizas de su amor, López hubo de reconocer que estaba irremediablemente condenado a la infidelidad.

Concibió un plan y lo realizó meticulosa y



“ Cuando finalmente logró admitirlo, una madrugada, tuvo que abandonar la cama y huir a llorar en la cocina. ”

“ A las dos semanas había cazado un pañuelo de colores, un brazalete y hasta una peineta con olor a champú con extracto de flores de tilo. ”

progresivamente. Empezó por aprovechar las salidas de Blanca al baño o al despacho del jefe para esculcar su cartera en busca de cosas que oliesen. A las dos semanas había cazado un pañuelo de colores, un brazalete y hasta una peineta con olor a champú con extracto de flores de tilo. Cada vez que sustraía algo, se encerraba en el baño de su casa con el objeto y una copa de vino y se dedicaba a pasear la nariz por sus superficies y recovecos, sintiendo que se bañaba en Blanca. El pañuelo fue lo que más le duró, pero de todos modos, las cosas terminaban por perder el olor al cabo de un tiempo. Entonces las devolvía a alguno de los cajones o al archivador de Blanca, que siempre hacía comentarios del tipo:

-Estoy muy distraída. Pierdo las cosas y luego las encuentro en los lugares más extraños.

-Normal. Las cosas que uno busca siempre están en los lugares más extraños –respondía López sin poder contener el rubor de sus mejillas.

Pasado un tiempo, sintió que necesitaba más. Se llevó las llaves de Blanca y les hizo una copia. Luego la siguió hasta su casa. Blanca vivía en un pequeño departamento de San Borja. López sabía que no tenía esposo ni hijos. Así que la ocasión estaba servida. Pidió permiso al jefe de personal para llegar a la oficina un poco más tarde durante unas semanas, porque su esposa haría un viaje por razones de salud y él tendría que llevar al colegio a los hijos que no tenía. Conseguido el permiso, empezó a ir todos los días a la casa de Blanca desde las 7 de la mañana. Ella salía a las ocho. López dejaba pasar quince minutos por si se había olvidado de algo y luego entraba.

Ya adentro, se sentía como en la Disneylandia de los olores. Se quitaba el saco, la corbata y los zapatos y se metía entre las

“ Luego la siguió hasta su casa. Blanca vivía en un pequeño departamento de San Borja. ”

sábanas del dormitorio para revolcarse y aspirar lo que había quedado de ella en su almohada y bajo sus frazadas. Pasaba unos veinte minutos embriagándose de ese modo y luego iba al baño, donde aún pululaban las partículas de vapor de agua con el olor del jabón y el champú. Después recorría la cocina, imaginando los pasos que ella habría dado, las despensas que habría abierto, la silla que habría usado, y olfateando cada cosa, y lo mismo hacía en la sala. Cada casa tiene un olor particular. El departamento de Blanca olía como debe oler el cielo.

Estableció una rutina placentera, que le permitiría vivir satisfecho. Por la noche usaba los

objetos de Blanca, por la mañana visitaba su hogar y durante el día la tenía a ella en persona sentada frente a su computadora. Creyó que era feliz sumergido en ese mar perfumado.

Hasta que llegó el maremoto.

Ocurrió uno de los días de cierre del presupuesto para el ejercicio fiscal. López había tenido que pasar más tiempo del habitual sobre el hombro de Blanca, y a la vez, como había ido ganando confianza, estaba más cerca de su cuello de lo que habría sido precavido y, sobre todo, más distraído y desinformado del presupuesto que nunca.

El movimiento que sobrevino entonces fue una de esas extrañas mezclas de azar, voluntad y obligación laboral, una de esas travesuras de los hechos que cambian las trayectorias de las personas. Quizá fue Blanca la primera que giró la cabeza, o quizá fue él pensando en el peinado que ella llevaba, porque los presupuestos se

“ Podría olerla con todo el cuerpo. La tocaría, la percibiría con los dedos... ”

le habían caído del pensamiento desde hacía mucho tiempo. El caso es que López recibió en la cara, como un huracán de placer, el aliento que normalmente se había limitado a buscar furtivamente. Quizá adelantó los labios, quizá los labios se le adelantaron a él, como fuese, en un instante descubrió que esa boca no sólo tenía un olor, sino también un sabor a menta y flúor con cielo, si es que el cielo huele a algo que no sea la sala de Blanca. Y lo mismo ocurría con las mejillas, y las orejas, aunque ellas no olían a menta y fluor sino a jabón Palmolive, porque seguramente el cielo tiene

varias secciones de perfumería y farmacia. Cuando se descubrió besándole la nuca y luego, sintiendo llegar a su oído el mismo aliento que antes se limitaba a perseguir mientras huía de los labios, supo que los presupuestos, ahora sí estaba claro, apestaban a tierra y oficina.

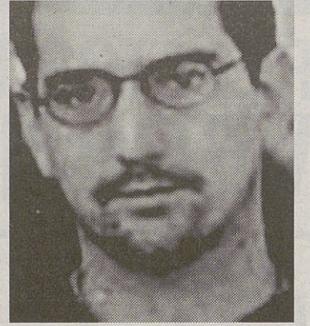
-No imaginaba esto –dijo él sonriendo.

-Yo me lo olía –respondió ella mordiéndole la nariz.

Antes de salir de la oficina, López le pidió que se encontrasen en un hotel cercano.

Para no despertar sospechas ni rumores, Blanca salió diez minutos antes y él se quedó haciendo ruido con las teclas de la computadora y sacudiendo papeles en el aire para dar la

Santiago Roncagliolo



Santiago Roncagliolo nació en Lima en 1975. Estudió Lingüística y Literatura en la Universidad Católica. Ha sido docente, guionista y periodista, y trabaja ahora como redactor en la Defensoría del Pueblo. Ha sido premiado como cuentista y novelista: En 1997 ganó el Primer Concurso Nacional de Cuento Juvenil organizado por CEAPAZ y en 1999, dos menciones honoríficas en el Premio Adobe de Literatura escrita por Jóvenes. También en 1999 la editorial Alfaguara publicó su libro para niños Rugor, el Dragón Enamorado. Ha publicado la novela *El Príncipe de los Caimanes* (Bronce, 2002) y el libro de cuentos *Creecer es un Oficio Triste* (Cobre, 2003), además de los libros infantiles *Rugor, el Dragón Enamorado* (Alfaguara, 1999) y *La Guerra de Mostark* (Santillana, 2001).

impresión de que tenía trabajo. Cuando creyó llegado el momento –después de contar hasta 1346– salió.

Mientras abandonaba la oficina, se imaginó el festín que le esperaba. Había cantidad de olo-

res en Blanca en los que aún no había penetrado: el aroma de sus axilas desnudas, el perfume de su piel entre las nalgas, en los muslos, en la espalda subiendo hasta el cuartel general de los hombros, el acogedor efluvio de sus pies.

A dos calles del hotel, reflexionó sobre lo que eso implicaba. Podría olerla con todo el cuerpo. La tocaría, la percibiría con los dedos y la lengua, podría oír el sonido de su respiración y sentir su tacto en el resto de la piel. La vería entera, entregada, y sentiría el gusto de su vientre y del canal entre sus pechos. Y ella también. Desplegaría para López sus cinco sentidos hasta absorberlo, podría paladearlo con todos sus poros. Se imaginó a los dos enredados en esa mezcla en que uno ya no distingue los sabores, los olores, los colores y los tactos, en que el olfato de diluye entre las demás percepciones, como las lágrimas en la lluvia.

Ya en la puerta del hotel, detuvo un taxi.

-A Jesús María –le dijo al conductor, pensando que quizá llegaría a casa a tiempo para cenar, y preguntándose si sería muy difícil pedirle al jefe de personal un cambio de oficina.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Verificar: Comprobar o examinar la verdad de algo.

Cubículo: Pequeño recinto o alcoba.

Herbal: Cereal (dicho de plantas o gramíneas como el trigo, el centeno o la cebada, o de sus frutos).

Humectante: Que humedece. También, sustancia que estabiliza el contenido del agua de un material.

Poro: Orificio, por su pequeñez invisible a simple vista, que hay en la superficie de los animales y de los vegetales.

Catador: Que prueba, gusta algo para examinar su sazón o sabor.

Trasnochado: Falto de novedad y de oportunidad.

Frazada: Manta peluda que se echa sobre la cama.



Érase una vez, en verano...

«El hombre más feliz es el que hace la felicidad del mayor número de sus semejantes.» Denis Diderot (1713-1784). Filósofo y escritor francés.

RELATOS DE
VERANO

El fantasma de un aristócrata inglés de hace unos siglos nos narra cómo ha llegado a esa situación. No es un fantasma que vaga por castillos durante la noche asustando a la gente, no, él está en un cuadro y sólo puede contemplar la vida que transcurre frente a sus ojos, que están ligeramente inclinados a la derecha. Pero ahí no acaba todo, sus aventuras como lienzo son verdaderamente apasionantes. ¿Ha logrado ser feliz?

El fantasma de la mirada

por José Luis Saorín Pérez

No sé si soy un fantasma o la mirada acrílica de mi pasado. Hace ya muchos años que habito en las pupilas de mi propia imagen. Obligado a observar la vida a través de ellas, sólo puedo mirar al frente. Desde mis ojos ligeramente inclinados hacia la derecha contemplo la vida que transcurre delante de mí, en ese pequeño espacio que mi vista puede abarcar. Todo lo demás me es ajeno, todo lo demás lo puedo oír y a veces sentir, pero no lo puedo ver. Cómo me metí dentro de mi propia imagen, es para mí todavía un misterio.

Antes de ser un cuadro, yo era una persona normal, de origen aristocrático, acostumbrado a mandar y ser obedecido, habituado a la buena mesa y al buen vino. Mi vida en la alta sociedad era la normal en esa época. Estaba casado y a mi mujer la escogí entre las más hermosas jóvenes de aquellas familias que frecuentaba, y así, sin darme cuenta, empezó toda mi maldición.

¿Cómo iba a saber que el pintor era su amante? ¿Cómo iba a sospechar que me envenenaban lentamente en las comidas mientras iba apareciendo mi retrato en el lienzo? ¿Cómo iba a suponer que mi mujer era una bruja? La pintura y el veneno fueron creciendo a la misma vez. Cuando ya estaba a punto de dar el último suspiro, mis ojos se clavaron en mi propio retrato acabado, que me miraba con la vista ladeada desde la pared del cuarto. Dejé de vivir y de alguna manera entré en esas pupilas que ahora miraban un cuerpo muerto sobre la cama. Cuerpo que mi mujer y el pintor tiraron al suelo para poder gozar sobre el lecho aún caliente. Muerto, que fue enterrado sin la mirada, que quedó encerrada en estas pupilas al óleo, que desde ese día con-

templó a los dos amantes revolcarse a su salud, mientras dilapidaban mi fortuna y envejecían aparentemente felices de estar el uno junto al otro.

Pero el cuadro y la mirada de un muerto sobreviven a los vivos, por lo que también los vi enfadarse, degradarse y morir. Siempre desde la misma pared, siempre con la mirada ladeada. Con su muerte llegó el olvido y la oscuridad perpetua, en una habitación cerrada, con los muebles cubiertos de sábanas blancas y con los años desfilando en un eterno silencio. Acompañado tan sólo por mis pensamientos, los crujidos de las maderas de la casa y algún pequeño roedor que de vez en cuando se cruzaba en mi campo visual, ligeramente desviado a la derecha. Dediqué estos años a meditar, pero incluso un fantasma tiene un límite en lo que puede llegar a recordar de su anterior vida. Mi pasado se fue disolviendo, quedando a merced de la oscuridad que iba invadiendo mi cuerpo, si es que un fantasma tiene cuerpo, y que fue condenando mi existencia a la soledad más absoluta que haya conocido un ser vivo o muerto.

El tiempo dejó de tener importancia. ¿Cuántos años pasaron? ¿Cien, doscientos? ¿Acaso eso importa hoy? El caso es que un día entró la luz en mis ojos. Ruido, movimientos, gente con ropas extrañas, miradas de soslayo, máquinas diabólicas, más miradas, más gente, más movimiento. Fui trasladado en algo que se movía y rugía. Alguien hablaba de un pintor famoso. Alguien hablaba de un personaje de la nobleza. Todos me observaban. Con ropas diferentes a las que yo conocía, me analizaban y luego se maravillaban de la luminosidad de mis



FERNANDO VICENTE

ojos. Durante meses, sufrí luces en ellos, manipulaciones extrañas, raras sacudidas, hasta acabar donde cuelgo hoy. En esta gran mansión que llaman museo, donde siempre con mi mirada ligeramente ladeada a la derecha, me siento observado, pero a la misma vez acompañado y cuidado.

He visto pasar muchas modas y he de decir que la de ahora me resulta chocante. Ya no hay grandes faldas, ni cuellos que te envuelven. Las caras siguen empolvadas pero con otros colores. Mucha gente adulta viene con pantalones cortos de colores o con faldas diminutas o comiendo cosas horribles e indescriptibles. Así que sin querer, observando y escuchando a los mismos que me miran, me voy modernizando en la medida que un fantasma y su mirada pueden hacerlo. Durante algunos años tuve un calendario en mi zona de visión y conseguí aprender a calcular el paso del tiempo. Como fantasma aburrido, no tenía mucho que hacer, así que una parte de mi cerebro inexistente se dedicaba a contar los segundos y llevar la cuenta de mi existencia, mientras el resto de mi incorpórea existencia seguía mirando a través de mis ojos antiguos al mundo que va cambiando. Así que contando, contando, sé que han pasado cien años desde que estoy en este museo. ¿Dónde? No lo sé. Pero al menos entiendo el idioma. Lo único

“ Dediqué estos años a meditar, pero incluso un fantasma, tiene un límite en lo que puede llegar a recordar de su anterior vida ”

“ A veces, me gustaría ser un fantasma normal como los que alguna vez me visitan. Fantasmas etéreos que pueden moverse por el mundo ”

que pasa es que no sé si lo entiendo porque hablan en mi lengua original, el inglés, o porque los fantasmas entendemos todos los idiomas del mundo. Alguna ventaja tenía que tener el estar muerto.

Durante estos años he analizado a mis compañeros de sala, los cuadros que hay frente a mí, para tratar de dilucidar si en su interior se aloja alguna otra alma que pueda contactar conmigo. Pero lamentablemente, si es así, no he podido encontrar ninguna. Tampoco ayuda mucho el hecho de tener enfrente un bodegón, con un trozo de pan dentro de una canastilla y justo donde mi vista se acaba, el comienzo de un cuadro, del cual puedo ver los cuartos traseros de un caballo y de su jinete. Ese cuadro siempre me ha intrigado, ya que el caballo es gordo y por lo poco que se ve del jinete parece de mi época. A lo mejor es el bueno de John, el Duque de Marlborough. Estoy deseando que los operarios del museo lo muevan, para poder observar con cuidado su contenido.

A veces, me gustaría ser un fantasma normal como los que alguna vez me visitan. Fantasmas etéreos que pueden moverse por el mundo, asustando a la gente, cotilleando en los rincones más oscuros de las casas y no como yo que día a día sigo encerrado en mis propias pupilas. Sólo soy una mirada eterna, que llora aceite con pigmentos, para que un restaurador sorprendido corra a arreglarme como si fuera maquillaje de un actor.

Al menos me he recuperado de la oscuridad posterior a mi muerte y he podido recordar mi pasado. Con el paso del tiempo he llegado a perdonar a mi mujer, aunque no al pintor que me dejó la mirada ladeada a la derecha. Maldito Hayls, encima de que le pagué catorce libras, me dejó encerrado y con la mirada perdida.

Alguna vez, entre el público que entra al museo, reconozco una figura que se parece a mi mujer e intento hablarle mentalmente para que se quede un rato más mirándome. No lo he conseguido nunca, pero una vez, una chica rubia, muy parecida a ella, se desmayó y luego la oí contar que había oído voces que le hablaban. Voces que salían del cuadro.

El caso es que entre la leyenda de las voces y el extraño brillo de mis pupilas, me convertí en una atracción y mi vida era bastante entretenida dadas las circunstancias en las que discurría. No me podía quejar, incluso podría decirse que en esa pared había alcanzado la felicidad o algo muy parecido. Era una gran estrella, fotografiada y copiada, conocida y admirada, temida y codiciada.

Codiciada, esa ha sido la otra maldición. Hace casi un año que empecé a ver tipos raros rondando alrededor de mi cuadro. Eran siempre los mismos pero se iban cambiando de aspecto, con bigotes, pelucas, gafas y tatuajes. Pueden engañar a los guardias de seguridad, pero no a un fantasma con cientos de años de experiencia en observar a la gente.

Eran dos hombres y una mujer, y durante mucho tiempo los veía observarme con ojos

codiciosos, valorándome y midiéndome, hasta que al final ocurrió lo que tenía que ocurrir. Una noche las alarmas sonaron, las luces se dispararon, mi cuadro sufrió varias sacudidas, mis ojos al fin vieron el jinete, pero rápidamente sentí cómo mi cuerpo se doblaba y mis ojos solo alcanzaron a ver la pintura de mi propio pecho mientras era enrollado y transportado a gran velocidad.

Otra vez la oscuridad rodeó mis ojos. Otra vez el recuerdo de las sábanas blancas rondaron por mi mente inexistente. Durante un tiempo indecifrible la nada se apoderó de mí, desgastándome y degradándome, hasta que un día volví a sentirme girar, volví a ver la pintura de mi pecho y volví a sentir el ruido y el movimiento que me indicaban que iba a ser colgado. Con gran expectación, cerré los ojos, esperando tranquilizarme para abrirlos y ver dónde estaba. Cuando ya no noté mas ruidos ni movimientos, alcé mi mirada y me encontré frente a uno de los hombres que habían rondado por el museo. Moreno y de grandes cejas oscuras, me miraba envuelto en su albornoz, sonriendo satisfecho. Ahora sin disfraces y fumando un puro, su cara me resultaba repulsiva y todo mi no ser se revolió dentro de las maderas de mi marco.

“ Una vez a la semana entaba una chica rubia, parecida también a mi mujer, seguida de una especie de gorila de seguridad ”

Estaba en un gran salón. Su dueño debía ser un ladrón o un comprador de obras de arte robadas por encargo. No tenía importancia. La habitación era oscura y de un gusto dudoso y aunque al principio tuve algunas visitas, en poco tiempo pasé a estar prácticamente sólo. Una vez a la semana entraba una chica rubia, parecida también a mi mujer, seguida de una especie de gorila de seguridad. La chica se encargaba de quitar el poco polvo que había caído en esa habitación cerrada y sin ventanas donde me hallaba. Ella me miraba disimuladamente y yo la observaba cuando se cruzaba en mi campo de visión, ligeramente desviada a la derecha. Mi alma inmortal saltó dentro de mis pupilas, al concebir esperanzas de poder escapar de aquella sala tan lúgubre.

Mi plan era sencillo e improbable. Hablar con la chica rubia y hacerle saber que había sido robado, que por favor avisara a la policía. Durante meses estuve intentando contactar con ella, pero no lo conseguí. Sin embargo sí logré que se desmayara el gorila que la vigilaba, y que durante unos instantes, que me parecieron eternos, la chica se acercara con el deseo escrito en sus ojos y me acariciara con sus manos mis mejillas y mi boca. Sorprendido, pero abatido, caí en una profunda y lamentable tristeza. Mi

José Luis Saorín

Jose Luis Saorín nació en Cartagena en 1967. Desde hace cinco años reside en Tenerife, donde ha realizado la mayoría de sus trabajos. Ha colaborado con el periodista y escritor Jorge Eduardo Banavides realizando algunos de los reportajes fotográficos de sus artículos en el suplemento dominical del periódico *El Diario de Avisos* de Tenerife. En el año 2000 participó en la exposición colectiva del V premio de fotografía Rafael Ramos García. Ganó el Tercer premio en el III Concurso de Fotografía de Carnaval organizado por el C.C. Alcampo) en el 2002. Alterna sus fotografías con la escritura de cuentos y la ilustración de éstos.

futuro se teñía de tinieblas y recuerdos de sábanas blancas.

Mi vida empeoró claramente. Mi cuarto oscuro se me hizo insufrible y mi existencia como cuadro o como mirada fantasma se deterioró de tal modo que al final tuvieron que llamar a un restaurador de cuadros. Mis colores se habían vuelto llorosos y grises como mi existencia. Vuelta a descolgarme, vuelta a moverme. Luces en los ojos, manipulaciones varias y yo por dentro muriéndome cada día un poco más. El restaurador, después de mucho manipularme, le informo al dueño que el cuadro sufría una tremenda depresión por encontrarse fuera del museo que era su hogar. Que debía deshacerse del cuadro o este se disolvería en su propia melancolía.

Gritos, aspavientos, insultos, miradas furiosas. Vuelta a los dobleces. Mi cuadro y mi mirada fuimos condenados a un vertedero. Enrollado como un vulgar papel usado, oliendo a basura, mi cuerpo de fantasma se desintegraba en el olvido y en la miseria. Mil olores fétidos más tarde, mis ojos, ladeados para la derecha, se

entornaron al recibir la sacudida de un mendigo que nos miraba con codicia. Codicia, esta vez se tornó en salvación. El mendigo fue corriendo a la policía solicitando la recompensa y yo, cuidado y mimado, hasta volver a colgar en la pared que se ha convertido en mi hogar.

Enfrente mi bodegón. A un lado las posaderas de un caballo, que ahora sé que pertenecía a mi amigo John y de frente la gente. Gente que hace que mi existencia tenga un sentido. Chicas rubias que me miran con deseo. Restauradores que se acercan a guiñarme un ojo. Hombres codiciosos que me anhelan, amantes, enemigos, fantasmas que me sonríen. Todos desfilan ante mi mirada ladeada hacia al lado derecho. Mirada, por fin serena y tranquila, con la seguridad de estar en casa.

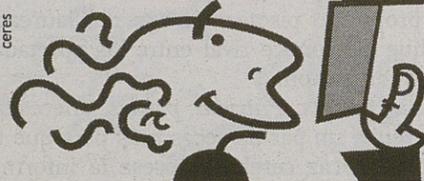
DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Soslayo: Oblicuo. De costado y perfilando bien el cuerpo para pasar por alguna estrechura.

Dilucidar: Declarar y explicar un asunto, una proposición o una obra de ingenio.

Fétido: Hediondo. Que despide hedor. Molesto, enfadoso e insufrible. Sucio, repugnante y obsceno.

Acrílico: Dicho de una fibra o de un material plástico: Que se obtiene por polimerización del ácido acrílico o de sus derivados.

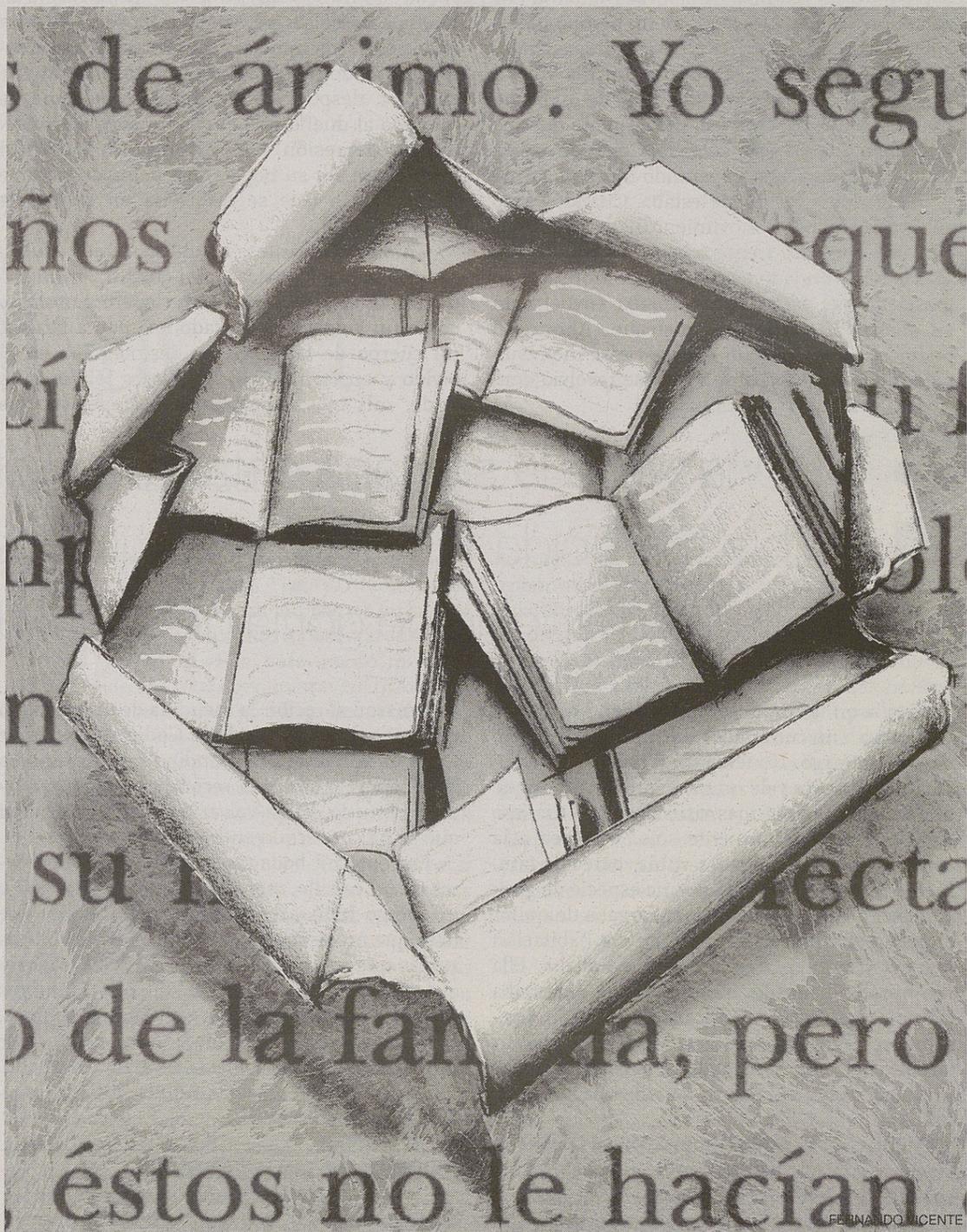


Érase una vez, en verano...

«El banquero es un señor que nos presta el paraguas cuando hace sol y nos lo exige cuando empieza a llover.» Mark Twain (1835-1910) Escritor estadounidense.

RELATOS DE
VERANO

García Leguineche es el protagonista del mordaz relato de la escritora Mercedes Abad. Está furioso, muy furioso. Su última novela *Pútridas patrias* todavía no ha llegado a las librerías y eso es intolerable para "el valor más indiscutible e indiscutido del panorama de las letras actuales". E insigne ganador del Premio de la Crítica 2002. ¿Qué está sucediendo? No puede ser casualidad todo lo que pasa. Siente miedo.

La cólera de
García Leguineche

por Mercedes Abad

García Leguineche, calificado repetidas veces en el pasado reciente por la crítica como "sin duda el escritor más brillante de su generación", está furioso. Más furioso de lo que recuerda haberlo estado jamás. Tan furioso que probablemente alguien que sólo lo conociera por las fotos que aparecen en la prensa o por las de las solapas de sus libros, donde siempre procura lucir media sonrisa traviesa e irónica, no lo reconocería. Con el ceño fruncido, chispas en los ojos, los labios apretados en un rictus belicoso que le tuerce la boca y las aletas de la nariz dilatadas como las de un toro a punto de embestir, parece bastante menos

atractivo que en las fotos.

La anciana que pasa junto a él mientras busca históricamente en los bolsillos de su chaqueta de cuero no sólo no ha reconocido "al valor más indiscutible e indiscutido del panorama de las letras actuales" (y por lo tanto no va a saludarlo con efusiva y perruna devoción y arrastrarlo hasta la librería más próxima para comprar un libro suyo y rogarle que se lo dedique), sino que incluso aprieta el paso, diciéndose para sus adentros que los jóvenes de hoy en día tienen cada vez peor catadura. Es obvio que la buena mujer no vio ayer a García Leguineche en el informativo de la tele que se emite en una franja horaria de máxima audiencia.

"Me cago en la leche", dice en voz bajita el escritor sin duda más brillante de su generación

después de sacar su móvil, marcar un número y descubrir que su editora comunica.

Mientras espera a que su editora esté en condiciones de ponerse al teléfono, García Leguineche, conocido del uno al otro confín por su prosa vigorosa y vivaz, su estilo punzante, musculoso y mordaz, se encamina a grandes zancadas hacia una librería situada dos calles más allá.

A poco que se tomase la molestia de levantar la cabeza, la cajera de la librería, la séptima que García Leguineche visita esta mañana, reconocería al autor de *Una patada en el culo*, la obra sin duda más celebrada y mejor acogida de los últimos dos años. Pero está demasiado ocupada garabateando con febril concentración Dios sabe qué en un cuaderno de espiral para registrar algo de lo que la realidad produce incesantemente a su alrededor. Mientras la joven sigue inmersa en sus absorbentes asuntos, García Leguineche recorre la librería de cabo a rabo, buscando con cierto frenesí entre los expositores donde se hallan las últimas novedades.

"Mecagoenlaleche, mecagoenlaleche, mecagoenlaleche, me va a oír esa zorra", murmura entre dientes cada vez más cabreado el insigne ganador del Premio de la Crítica 2002, cuyo jurado alabó el estilo directo y sin concesiones de *Una patada en el culo*, así como la ambición de una novela descarnada que "ofrece una lúcida mirada panorámica sobre la sociedad contemporánea".

"Venga, joder, ponte al teléfono de una puta vez", no se recata de soltar García Leguineche en voz más o menos baja mientras tamborilea con los dedos sobre una pila de libros cuyo ejemplar superior ha vuelto boca abajo para impedir que proclame su título y el nombre de su autor. En vista de que la editora sigue comunicando, la gran esperanza blanca de la literatura se dirige hacia la cajera, que sigue inmersa en lo que escribe.

-Perdona, ¿podrías decirme dónde puedo encontrar ejemplares de *Pútridas patrias*? -pregunta el escritor sin duda más brillante de su generación en un tono que alarmaría a cualquiera que no estuviera tan absorto como lo está la joven cajera escribiendo lo que tanto podría ser la lista de la compra como un brote creativo, un poema, un diario personal, una novela tal vez.

-¿Eeeh? -La expresión con que la muchacha acompaña el rebuzno es la de quien regresa de mala gana de los remotos confines de una lejana galaxia.

-Perdona que te moleste, pero supongo que te pagan para atender a pelmazos como yo -mientras García Leguineche habla, la cajera abre desmesuradamente los ojos, única señal de que sigue con vida-, así que lo mejor será que muevas tu celulítico culo lleno de granos y me enseñes dónde están los ejemplares de *Pútridas patrias*.

-¿Putriqué? -pregunta ella como si de verdad se hubiera propuesto pisotear el ego del laureado escritor que no conoce rival entre las apretadas filas de su generación.

-*Pútridas patrias*, *Pútridas patrias*, ¿necesitas que te lo repita un par de veces más para que tu velocísimo y eficaz cerebro procese la información?

-No. Pero el libro que usted dice aún no nos ha llegado. -De algún modo, la cajera se las ha ingeniado para que la andanada sarcástica de García Leguineche le resbale.

-¿Pútridas patrias no os ha llegado?

-No, ya se lo he dicho -la muchacha sigue hablando como si él fuera transparente. -¿Estás segura?

-Más segura imposible.

A García Leguineche le parece que la cajera parodia adrede un anuncio televisivo de compras por el mero placer de irritarlo y, por un momento, da la impresión de estar a punto de abalanzarse sobre ella para abofetearla, una posibilidad que a ella sigue sin afectarle en absoluto. Como mínimo, la estampa que ofrece al mundo es la de una displicencia sin fisuras.

El autor cuya primera novela fue saludada por los críticos con todo tipo de alharacas dos años atrás sale de la librería a paso ligero mientras hace una nueva tentativa por hablar con su editora, esta vez con éxito.

-¿Sí?

¿Por qué tiene García Leguineche la impresión de que también ella anda con la cabeza en las nubes?

-Lucy, soy García Leguineche. ¿Se puede saber por qué mi novela no está en las librerías?

-¿Cómo dices?

-Mi no-ve-la, Lucy, no es-tá en las li-bre-rí-as -García Leguineche espera a que esta compleja información se abra paso entre las células grises de su editora.

-¿Tu novela? ¿Tu novela no está en las librerías?

-Se produce un silencio durante el que el escritor sin duda más ambicioso y brillante de su generación se dice que tal vez Lucy haya pasado una noche turbulenta. ¿Por qué lo dices?

-Porque esta mañana ya me he metido en siete librerías y mi novela no estaba en ninguna, ni en las grandes superficies ni en las modestas librerías independientes. ¿Me oyes? Pútridas patrias no está en las putas librerías.

-¡Imposible! El... eee..., ¿cómo se llama?, el... No encuentro la palabra. ¡Dios mío! Eee... ¡Ya lo tengo! El distribuidor, eso, el distribuidor me garantizó que ayer estaría en todas partes.

-Pues no está. ¿Me quieres decir para qué coño pierdo el tiempo saliendo en la tele, en un programa de máxima audiencia y toda la mandanga, si la puta novela no está en las librerías?

-No te preocupes.

De nuevo García Leguineche tiene la sensación de que ella está como ausente, con los pensamientos puestos quién sabe dónde.

-¿Que no me preocupe? ¿Sabes cuántas ventas estamos perdiendo?

-Oye, ahora mismo llamo al distribuidor y enseguida te digo algo. Si es verdad lo que cuentas, se le va a caer el pelo.

Cuando la comunicación se corta, el tipo cuyo primer libro fue saludado como "el debut espectacular de un escritor de raza" decide que necesita tomarse una copa. Algo fuerte y capaz de subirle el ánimo de un patadón. Un whisky, dos. Por suerte, en esa mierda de ciudad hay infinidad de bares. Cuanto mayor es la densidad de gente desgraciada por metro cuadrado, más bares suele haber. Salen a tu encuentro, te tienden los brazos, piensan García Leguineche en un arrebato lírico.

Sin embargo, no se puede decir que el bar que García Leguineche elige estuviera reclamando ardientemente su presencia. Por algún motivo inexplicable, ve al camarero, que escribe acodado en la barra completamente ajeno a la llegada del escritor cuyo primer libro fue recibido por algunos como "sin duda el mayor acontecimiento literario del año", le resulta muy deprimente. Su propia reacción se le antoja a García Leguineche desme-

surada y grotesca, pero para entonces ya ha dado media vuelta y salido del bar. ¿Qué sentido tiene deprimirse al ver a un tipo enfrascado escribiendo algo, sin duda la lista de pedidos a los proveedores? Ninguno. Desde luego, no piensa contárselo a nadie, aunque ése es el tipo de experiencia que luego utiliza como material de inspiración.

Al llegar a casa, le sorprende ver el coche de su mujer, que a esas horas tendría que estar en el trabajo. ¿Se habrá puesto enferma?, piensa con una punzada de culpabilidad el hombre cuya primera novela ha sido calificada como "sin duda un libro de lectura indispensable para estar al tanto de las últimas corrientes de la literatura actual". Quizá le haya contagiado parte de su propia ansiedad ante la publicación de Pútridas patrias, piensa García Leguineche.

Pero Olivia no está en la habitación, sino en su estudio. Inclina sobre su mesa de trabajo, escribe a mano en un cuaderno con expresión de profundo ensimismamiento. Tan enfrascada se halla en lo que escribe que García Leguineche tiene que carraspear para anunciar su presencia. Ella se pone roja como la grana y se apresura a meter el cuaderno en un cajón del escritorio, como una chiquilla a quien acabaran de pillar en falta.

Decididamente, se dice García Leguineche mientras besa a su mujer, éste es un día extraño. ¿Qué coño está pasando aquí?

El pitido del móvil interrumpe el curso de sus pensamientos. Es Lucy, su editora.

-Lo siento, tenías razón. Tu libro aún no ha llegado a las librerías -dice ella en un tono que le parece a García Leguineche estudiadamente con-

caídos, que provocaron en él una honda tristeza.

-Y ¿qué tiene que ver mi madre contigo? -¿Que qué tiene que ver? ¿No lo sabes? -¿Saber qué?

-No me lo puedo creer! ¡No sabes nada! ¿No sabes que tu madre nos trajo hace unos meses el manuscrito de una novela magnífica? ¿No te lo dijo ella? Deberías ir a verla más a menudo, hijo descastado.

“ Durante unos instantes, tiene una súbita y nítida visión apocalíptica del mundo como lugar donde de pronto todo se detiene ”

trito y poco sincero.

-¿Desde cuándo te dedicas a constatar la evidencia?

-Oye, tranquilízate. La distribución se hará hoy mismo. Gumucio me lo ha prometido. Le he insistido en que es el libro más esperado de la temporada.

-¿De la temporada? ¡Hace dos años que todo el mundo espera otro libro mío! ¡Los críticos se están mordiendo las uñas de impaciencia en sus despachos, Lucy! Los lectores se relamen de antemano... -Claro, por supuesto.

-Y ¿se puede saber por qué Gumucio no distribuyó el libro cuando tenía que hacerlo?

-Un raptó de inspiración, ya sabes que a veces es una dueña despótica.

-¿De qué coño hablas?

-Está escribiendo una novela. -¿El distribuidor?

-Sí, pensaba que te lo había comentado. Y parece que está ya a un puñado de páginas del final, de modo que sería cruel por nuestra parte tratarlo con demasiada dureza. Nosotros no podemos dejar de entender lo que le ocurre, ¿no te parece?

-Vaya...

-Oye, tengo que dejarte. Tu madre llegará de un momento a otro.

-¿Mi madre? ¿Quieres decir mi madre? ¿La mujer que me trajo al mundo?

-Tu madre, sí. La misma que viste y calza.

El uso de esa expresión le pareció a García Leguineche particularmente desafortunado, en parte porque, después de oírla, su imaginación se obstinó en desnudar y volver a vestir rápidamente a su madre, a pesar de lo cual entrevió sus pechos

Mercedes Abad



Mercedes Abad nació en Barcelona en 1961. Estudió en esa ciudad en el Liceo Francés y Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma. Se estrenó como escritora con *Ligeros libertinajes sabáticos* (1986), un libro de cuentos que fue galardonado con el VIII Premio La Sonrisa Vertical y con el éxito de público y crítica. Desarrolla su faceta como periodista en diversos medios de comunicación y participa activamente en el mundo teatral, cinematográfico, radiofónico y literario de su entorno. *Felicidades conyugales* (1989), su segundo libro, recibió también una calurosa acogida.

Relatos como éste, en *Amigos y fantasmas* (Tusquets).

-¿No estarás tú también escribiendo una novela? -preguntó después de un largo y embarazoso silencio el escritor más ensalzado por la crítica en los últimos dos años.

-¿Yo? ¡No! ¿Qué te lo hace pensar?

-Nada. Olvídalo, era una tontería.

-¿Así que no sabías lo de tu madre? ¡Es increíble! ¡Y pensar que estuvimos a punto de acelerar la publicación para que la novela de tu madre coincidiera con la tuya y poder promocionarlas juntas!

Al colgar el teléfono, durante unos instantes García Leguineche tiene una súbita y nítida visión apocalíptica del mundo como un lugar donde de pronto todo se detiene (centrales eléctricas, nucleares, compañías de gas y de comunicaciones, cementeras, laboratorios farmacéuticos, aeropuertos, comisarías, parques de bomberos, parlamentos, administraciones, hospitales, edificios en construcción, escuelas, medios de comunicación), porque todos, unos tecleando a mayor o menor velocidad, otros garabateando en hojas de papel, escriben ensimismados algo que muy bien podría convertirse de forma inminente en el "debut más impresionante de esta temporada".

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Alharacas: Extraordinaria demostración o expresión con que por ligero motivo se manifiesta la vehemencia de algún afecto, como de ira, queja, admiración o alegría.

Andanada: En el texto, reprensión, reconvención agria y severa.

Contrito: Que siente contricción, arrepentimiento de una culpa.

Displicencia: Desagrado o indiferencia en el trato.

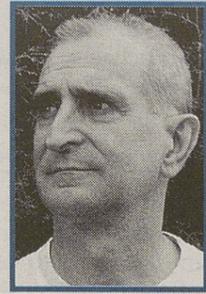


Érase una vez, en verano...

«La educación es a las personas como el perfume a las flores.»
Anónimo.

CITAS ILUSTRES

Ilustradas



Texto: José Luis Serna
Dibujo: PPT

Si, es verdad, en nuestra sociedad hay mucha gente mal educada. Por ejemplo, los chicos que con las ventanas de sus coches abiertas encienden el aparato de música y sitúan el control de sonido en la posición máxima permitiendo que se escape por sus numerosos altavoces un sonido cargado de decibelios que inunda los alrededores imponiendo su consumo a todas las almas cercanas e inocentes. También son maleducados los propietarios de adosados que sitúan su barbacoa en la esquina más alejada de sus dominios, que resulta estar cercana de los de su vecino que ha de dormir muchas noches veraniegas bajo los pestilentes efluvios de las sardinas quemadas a lo San Lorenzo. O los dueños de mascotas que no limpian sus evacuaciones cuando los sacan a pasear y permanecen decorando las calles hasta que los trabajadores municipales de la limpieza vuelven a dejar la ciudad con el culito limpio. Claro, faltar al respeto a las personas con las que convivimos es tener mala educación, pero la educación es mucho más.

Los que dedican muchas horas al día a esa importante misión lo saben bien, me refiero principalmente a los educadores, que intentan hacer de los cachorros de ciudadanos personas de provecho sacando a flote sus capacidades, y a los padres que hacen lo que pueden cons-

cientes de la dificultad de que sus hijos absorban las normas que ellos consideran convenientes, si es que tienen normas o valores que transmitir, que no siempre ocurre. Educar es transmitir una serie de conocimientos, costumbres y normas que regulan una determinada sociedad con el objetivo de que el educado consiga la perfecta adaptación a un determinado medio con independencia del educando.

Así el educador ha de tener presente qué es lo que pretende conseguir de la persona a educar y a qué escenario y circunstancias debe adaptarse. Para entendernos, si educamos a ... un ratón de laboratorio para que sobreviva en el centro de un océano deberemos enseñarle a nadar y proporcionarle un flotador pero si lo vamos a depositar en la cúspide de una duna en cualquier desierto gigantesco las enseñanzas sobre natación no le serán de provecho. El sistema de obediencia ciega ante el superior jerárquico, que puede ser el padre o el profesor o el anciano o el de mayor rango, no me convence en todos los casos como método educativo porque no creo que nuestra sociedad necesite personas sumisas que abandonen sus inquietudes para plegarse a las iniciativas de otros: Creo más aconsejable la libertad responsable en la que el individuo ejercita las acciones

que corresponden a su criterio y, si se considera necesario, responde de ellas. El ejemplo, el buen ejemplo, es la mejor norma de educar porque los humanos aprendemos determinadas conductas por imitación y por experimentación, el llamado error acierto, como el resto de los animales. No sirve de mucho que unos padres les digan a sus hijos que fumar es malo si ellos son consumidores de un paquete diario. Tienen más posibilidades de no adquirir esa adicción los hijos que se educan al amparo de padres que no fuman. Otro ejemplo que prueba la tesis del aprendizaje por imitación lo tenemos en el resultado académico de los hijos de trabajadores intelectuales que suelen ser mejores que los de los hijos de otros profesionales, y no porque estos últimos sean menos inteligentes, que no hay motivo para pensarlo, sino porque los primeros están acostumbrados a ver a sus padres utilizando libros, horas y esfuerzo estudiando, y lo ven como una conducta natural que tienden a imitar. Y al mencionar la palabra esfuerzo me doy cuenta de la importancia que tiene en la práctica educativa el significado de esta palabra. Esfuerzo y constancia en el educador para inculcar en el educado los valores que considera le son necesarios y voluntad y esfuerzo también en este para aceptar las premisas y llevarlas a cabo. En todos los casos los que tienen la misión de preparar para el futuro a otras personas, generalmente jóvenes, deben dominar la tolerancia, la paciencia y no caer en la exageración o la intransigencia.

La guía que endereza el brote tierno le sujeta dulcemente, sin asfixiarle en un abrazo mortal, para que cuando sea adulto muestre su verticalidad satisfecho y libre de la propia guía. Por lo que sabemos de la evangelización de las nuevas tierras descubiertas a la cristiandad por Colón, alguno o muchos de los educadores que pretendían convertir a los indígenas a la religión católica, utilizaban métodos que se separaban de la teoría que ellos mismos difundían. Enseñaban que no se puede matar matando a quienes no querían aprenderlo.



MUCHOS CREEN QUE ES BUEN CAMINO PARA LLEGAR AL CIELO ROMPERLE LA CABEZA AL HEREJE, AUNQUE SEA CON EL MISMO CRUCIFIJO. (UNAMUNO)

MIGUEL DE UNAMUNO. (1864-1936) Escritor. Fue educado en Bilbao, en un ambiente católico y puritano. Catedrático de griego en la universidad de Salamanca alternó la docencia con una intensa labor periodística. Adherido temporalmente al socialismo colaboró con el diario bilbaíno «La lucha de clases». En su primer libro «En torno al casticismo» intenta una interpretación del alma española. Hacia 1897 padece una profunda crisis personal y religiosa, fundamental para las evoluciones de su pensamiento. Ensayos como «La vida es sueño» y «Adentro» son exponentes de sus nuevas preocupaciones: ansia insatisfecha de Dios e inmortalidad. En 1901 fue nombrado rector de Universidad de Salamanca. Confinado en 1924 por sus ataques al rey y al dictador Primo de Rivera se exilió a París hasta 1930. A la llegada de la República fue elegido diputado por Salamanca y reincorporado al rectorado al que renunció en 1936. Vida y literatura se funden en él. Obras suyas son: «Del sentimiento trágico de la vida», «La agonía del cristianismo», «Por tierras de Portugal y de España», «Contra esto y aquello», «Paz en la guerra», «Niebla», «Abel Sánchez», «La tía Tula», «El Cristo de Velásquez».